SUMARIO

Buena Noche-Buena! por R. Becerro de Bengoa .- La Noche-Buena, por Federico Jaques .- Cuervo, (conclusion), por clarin.-Hijo y patria, por Magdalena Santiago-Fuertes. -- Carta semanal de Londres, por B. de Oya. - Desde el boulevard, por R. Blasco.-Mesaico madrilefio, por M. Ossorio v Bernard.

IBUENA NOCHE-BUENA!

EL BELEN DE UN INGENIERO

En uno de los cerros de la sierra de Miravel, mucho más allá de Jaraicejo, está la mina de antimonio Jesusita, que, por mal de mis pecados denuncié y exploté durante algunos años. Un ingeniero, saturado de ciencias y de vivir solitario muchos meses, para beneficiar á fuerza de pólvora, de chaparrones y de trato con los indígenas, un filon de mineral intransportable, es un ente positivo, digno de lástima, que deje atrás, en materia de abnegacion y de mérito, á Simeon Stilita y á todos los anacoretas y ermitaños del antiguo cuño.

Menos mal que en el Mochete del cerro Lindo vivian conmigo tres seres afanosos del negocio, como yo, á saber: el contratista vizcaino Josechu Píper, el director de trabajos Luke Dogson inglés y el administrador Casariche, hijo del mismisimo Marchena. A nuestras órdenes trabajaabn hasta setenta mineros con sus familias, que habitaban en el inmediato pueblecito

de Noles. Cuatros dias antes de Navidad entraron en mi comedor-despacho los tres subordinados, compañeros de soledad, á hacerme la tertulia cuotidiana. Ca-

sariche me dijo:

-Hemos pensado, maestro, ya que se acerca la Nochebuena, celebrarla con su mercé aqui arriba, porque, la verdad, estan muy desaboridos y perros los tiempos para andar por esos caminos; y porque además, no queremos dejarle solo. Al efecto, señor ingeniero, con el fin de que no falte combustible para las fiestas, hemos escotado á cinco pesos cada uno, Piper, Dogson y un servidor y vamos á mandar á Cáceres por metralla, mañana mismo. ¿Que le parece à asted, mi amo?

Yo miré à Casariche, que se frotaba las manos de gusto y al vizcaino y al inglés, que asintieron á lo dicho por el administrador, dándose con la barba en el pecho, sin soltar las pipas, que tenian entre los colmillos.

-Me parece muy bien señores;contesté, sacando mi cartera; -ahí vá nn billete de otros veinte pesos; y vamos à ver que gloria in excelsie se arma en este mochete extremeño en esos dias. Cogió Casariche el billete y dirigiéndose á sus compañeros anadió:

-¡Lo vé usté mister Luke! ¡lo ves tú, Escarricasco! no hay en el mundo una personilla más aparapetada para rey y señor de los corazones que nuestro amo. ¡Menudo Belen, que vamos a presentar aqui, con treinta y cinco soles como estos, para comérnoslos y bebérnoslos y fumárnoslos y cantárnoslos y tóo!.

-Yo os agradezco mucho vuestro acuerdo,-les dije despues,-por el gran sacrificio que haceis, prescindiendo en estos dias, en que suelen pararse los trabajos, de ir á vuestras casas, tú Piper, á ver á tu madre; tú Casariche, á pasarlos con tu mujer y tus hijos, y tu, Dagson, á visitar á tu novia en |

Plasencia. El inglés y el vizcaino volvieron à dar su cabezada contra el pecho, dejando escapar, con una plácida sonrisa, una nube de humo por entre los labios y la pipa, y Casariche contestó:

-Ya lo tenemos todo pensado y convenido. Hoy hemos escrito á nuestras relativas partes contrarias ó laterales, participándoles que no podemos salir de la mina, a causa de un nuevo filon que se ha presentado de repente, y que de aqui á más ó ménos tiempo iremos cada cual, en el suyo y distinto, á dar una vuelta por el hogar doméstico. Y. para que vea su mercé que es cosa hecha, ahora mismo le vamos à leer las tres epistolas de Navidad, que se han redactado por cada quisque, al respective.

-Me parece muy bien, amigos,contesté; -vengan las cartas y que cada cual al respective, las lea. Y aoul van transcritas fielmente Il

en el mismo lenguaje y tono con que fueron leidas, mientras despachábamos una botella de San Cristobai, de Sundheim, de Peguerillas.

II.

Leyo el andaluz Casariche:

«Serro del mochete e la mina Jesusiya û véinte de disiembre de 18... Mi muy idelatra cacherra Mariquilla y mis querios cachoriyos e mi corason: Pue zabreis que hoy, ezte zeñó ingeniero, que sus tengo referio, que ziente cresé la yerbesillas der campo, de lizto que é, acaba de barrunta en laz interioridade interna de adentro de la mina, otro filon que, zalva la parte, tendrá así como dossiento kilometro é longitú, por media legua cuadrá de gordo, con má antimonio que hay en toas las botica é Sevilla arrejuntás, y más prata que la custodia é la Catredal. Zemejante circunstansia ó alternativa nos jase quearnos aqui de sentinela, sin pegar ojo ni de noche ni de dia, porque unos alemane, que ha remitio aquí Bismar, paese que lo han golosinas mundanas, recluido en un olío y han empesao á barrená er zuelo monte pedregoso y ralo, donde ha de | por la parte de Zalamanca, pa ver zi nos cojen po la trazera y se cargan con er filon. Quiere esirse que con jarta melancolla y pezaumbre de mí mismo, no me é pozible el abrasaros ahora tan pronto, pero en cuanto que aseguremo er filon, sus é de dir á ver, ma fijo que Dió, porque ya zabeis que no hay marío ni papá ma amorozo y durse pa vozotro, pedasito é mi arma, que ezte vuestro padre, que sa vuerto calvo y sa filao, como er deo meñique, por discurrí pa que no sus farte el pan de cada dia, y vayai tan bien puezto como los hijo der mismo marqué de la Frontera.

Allá vá una libransilla pa que selebreis las Pascua, y zigais aelante, y resibi con eya una carretá de abrasos, y to lo emá, de vuestro referio

FRANSICO CAZARICHE.»

El inglés Dogson dejó su pipa sobre la mesa, se puso en pié, sacó del bolsillo interior de su chaqueton un periódico doblado, lo abrió, y de entre sus pliegue salió una cartita coquetamente perfumada, que leyó de esta

«Miss Kitty, Catelinita Cuacos. Plessansia

Sen .. on ... rita.

Labores nueves minerals jasen empuseble mi verte, come tenia prom' ... tida. Mas, «by no means,» de manierra ningona, esto no está falt del amor cá little heart, » curasonsito mia. Mi, fortemente desea ona mirada, «glense» de oste, moy jermosa Kitty, mujer que estará luego de tu Lucas, engenero menor. Perdon me será cons'...dida «in every way» todas meneras, per la enespresendible alejamienta de este, exegentes ménerals colpabls rétension en aquí de la mina. I yo moch, mochismo quererla Catelinita, bien comprendimento que así mism'el amloved» soy amade de osté. Pero, aunque, si embargo, de que, no obstante, no voy hora mismo epresently, mi será pronto & Ples'...sansia, gustoso, sefi...ora mamá, señor padre, complidamente visitar arregl'...mento casamenta dentro ano veni...dero. «God bless yon! Kitty, moy sefi...on...rita

Amorously. Lucas Dogsons

El vizcaino, Josechu Piper, que oia al inglés con la boca abierta, sin comprender una sola silaba, dijo rascándose el cogote, cuando aquel terminó la lectura;

-Pues si el Catalin te sacas de ese esquela el sustansia que yo has sacao, presco te quedas señores!

-A ver, á ver, Píper, léenos la tuya,-exclamé yo, deseando disfrutar de la endemoniada y archicelebérrima sintaxis del contratista.

Este desdobló un pliego de papel con barbas, un tanto manchado de pólvora, que tenia escondido entre el chaleco y la chamarreta de lana, se restregó lo ojos y nos disparó la siguiente epistola:

«Miñas de los antimomios de Mirabel, oguetabat de mes de Gabón.

Señora madre, nere amacho maitea: Para que te conoscas usté, el prefetamente bien que esquirbes castillano erromanse, voy poner esta carta castillano limpio en los Estramaduras; «urrin» muy léjos que te estás, miñero de contratista; dies meses que no te ves usté, mil años y más me pareses y corazon clarris de les tristesas tengo. Pues, la ingenero te empeñas que Gabón, el Noche-buena, aquí hemos de haser y, cuando él te mandas, carchutera de cañon te metes, y silencio hay que estar, «Barriqueta guchi.»

Muchos leios estar Ochandiano. á

pata para andar, aunque alparguetas te pones; y unos frios te soplas, que el nariz, pimenton rojo como de punta te vuelves; si un catarro en camiño de pulmonías me metes adrento, ni sangrador de sirujano sacar, erreventas; sin Josechu te quedas usté y agur.

Ahora pronto, carroferrill harán aquí serca y, arin arin metido la tersera, barato me cuestas; pronto te llegas, majo verás la tu hijo, dies arrobas y más de grande, con la errico viño que te bebes en los Estremaduras, erriquisimo pernil, morsillas maníficos, unos grandes, otras más chiquitos que los grandes, tierra hermoso ser esto para el tripa á lo menos.

Ay amacho! Asco, mucho te pensas yo en los gabones de noches buenas, de los fraguas de Ochandiano! Alli elimonada que te bebes, tambolin que te baillas, nescachas bapas, trensas |colgando de cocote hasta los pantorrillas; casar yo tambien ya nesesito,

y Mari Peregil de Aramayona, si te incontras usté algun vez, que en los erromerias de San Antoniños de Urquiola, desirle, pronto, pronto, hablar haremos; y erregularmente, si usté le conviene y él su madre tambien, boda de chapinasos y errepiqueteo y aurresco, y todos los chinchirrimancharrerias del punsion haremos. Sesenta y sinco, irurogueta bost, onsas de oro, gordaos ya tengo pues, petrina escondido pellejo de tripa ensima puesto, con el

paja y camisa tapao. Este miña de los antimomios mu-

chos bujeros, súlus, adrento del tierra hasemos y conti más te metes, más mineral le sacas; errelusiente como el plata ser; pa que vales no sé, boticarios de purgas diarreas, ó así dises que le sirves y tambien letras de plomo de imprentuleros mesclaos. Bastantes difieros le vales inginero; y á mi contratrista tambien buenos duros te voy metiendo pa mí en el paltri-

Agur pues, amacho; memorias y espresiones darle á mi hermana Erramona has de haser usté, y al Pachico trabenero tambien, y al maestro dou Urruperto pamparrista tambien y al primo Chomiu-chiqui tambien y á todos tambien.

Errésale mucho Jangoicua, que te conservas bueno la hijo, de miñas con-

tratista y carlista betibat, JOSECHU PIPER DE PURRASALDA.»

En cuanto empezó esta lectura el de Ochandiano, le acometió tal hipo de risa á Casariche, que se salió fuera de la estancia á desahogar las carcajadas, que le ahogaban. Yo lloraba á lágrima viva y me mordía los labios por no poderlo resistir, y Dogson se ocultó la cabeza entre las manos y miraba asombrado por entre los dedos, al vizcaino, como quien siente pasar por delante de si una deshecha borrasca.

Unas cuantas cañas de San Cristobal, coronaron la sesion, y despues convinimos en que Casariche fuera al dia signiente à Cáceres à acopiar los regalos de Navidad; y Josechu á Logrosan á recibir un envio de mechas y barre-

III

Los paves, capones, conservas, mazapanes, fiambres, dulces de Vitoria, quesos finos, peladillas, turrones y botellas llegaron el dia de Navidad por la mañana. Mi ama de gobierno Chona, desocupó la mesa de mi despacho y alli alzo, con el envio, una torre Eiffel de golosinas. Mientras contemplaba yo el monumento, figurándome los buenos ratos que nos esperaban, entró un muchacho minero, á entregarme una carta, que decía así:

«Mister don Nicolas: Dear Sir. Me soy arrastrado por el amor de Catelinita. Perdon pues. Voy Plasencia pasar Chritmas. Ya tiene oste compania de Piper é Casaricha. Till to-morrow. Your obedient servant. Dogson.

- Un borracho menos! - exclamé al enterarme de la escapatoria del inglés;-- pero qué he de hacer si se trata de un hombre enamorado!

Más en cuidado me puso el que, llegada ya la media tarde, no volvieron el vizcaino, ni el andaluz. Chona se agitaba mny afanosa disponiendo la colacion, y yo, asomado á la terraza delantera de mi casa, sobre la cumbre del monte, atisbaba con mis gemelos los caminos de Cáceres y Logrosan, volviendo de un lado á otro la cabeza, para ver si venian. Al anochecer llegó el correo, y entre la correspondencia, encontré, asombrado, las dos cartes siguientes:

«Señor ingeniero: Le he mandado desde Cáceres todas las golosinas, que son de lo mejorcito que hay aquí. Que aprovechen, en companía de Josechu y de Dógson. Yo no puedo resistir los llamamientos que hacen à mi corazon

mi majer y mis hijos. Puesto que ya || nutos despues, Chona dio un porcazo, tiene usté bucha compañía, me voy á y tomó el sendero que baja á Noles, Sevilla, con su permiso. El 2 de enero volveré. Su muy atento subordinado, q. b. s. m., J. Casariche.

«Señor don Ingiñero Micolas: Ya que me estás hoy más serca de Ochandiano que ayer, voy echar un escapada à pasar Gabón con el madre. No te enfadas usté, señor. Ya tienes la chistoso Casariche y la inguilés Dónchon juntos, para echar unos errisas los tres, usté y los dos. A cada besugo ya senarán este noche, seguro. En los Erreyes volver haré. Su amigo contratristra, Piper.»

Quedé mudo de pesar al verme solo, en la noche famosa. El cielo parece que se habia desplomado sobre mí. No pude leer el resto de la correspondencia y permaneci largo rato contemplando, como se contempla el bien perdidido, la torre de manjares y botellas que tenia delante de mí y que varias veces estuve por derribar á bastonazos. Chona vino á sacarme de mi abstraccion, diciéndome muy alborozada:

-- Señorito, venga usted á la coci-na y verá qué fuente de truchas he preparado, y qué langosta y qué langostinos!

exclamé desesperado; - hoy no cena aqui nadie. -Senorito gestá usted loco? Pues

-¡Vete al diablo tú y la cocina!-

¿qué ocurre? -Que Josechu, Dógson y Casariche se han ido cada cual á su pueblo, á

celebrar la Noche Buena y me han dejado solo. -¡Vaya un Belén, señorito! ¿De modo que vuestro nacimiento se ha quedado sin los tres Reyes Magos? Y

qué vamos á hacer con la cena? -Tirarla por la ventana. -Pero, señorito de mi alma, aun-

que sea solo, cene usted. -No ceno, ¡ea! cena tú lo que quieras y déjame en paz.

-¡Vaya un belen, don Nicolás! yo no puedo consentir eso, señorito; tomará usted un platito de colifior, que está como la nieve de blanca, una trucha, un poco de besugo, un...

-Soliman es lo que voy á tomar, á ver si reviento de una vez. ¡Quitate de mi vista!

Chona salió escapada de mi despacho y á los cuatro segundos volvió con el servicio de mesa; lo arregló sobre un velador que habia en el centro de la habitacion, puso sobre él, en una fuente pequeña, la humeante coliflor, llenó de vino una copa, y me dijo:

-Senorito, yo no puedo consentir que se quede usted hoy sin cenar. Aquí está la cena; he cumplido con mi obligacion. El Cid le acompañará. Mire usted cómo me entiende lo que digo y cómo le acaricia.

El Cid era un colosal mastin de merineros, que me guardaba la casa y que acompañaba á Chona en sus recados á los pueblecitos inmediatos. Mientras hablaba Chona, el hermoso animal me lamía las manos y me daba con el hocico en las piernas, como si me rogara tambien que me sentase.

Me senté, pero no pude probar bocado. La profunda pena de mi soledad zon y en la garganta, que no me permitian abrir la boca. Chona retiró la verdura y me trajo un par de truchas, magistralmente aderezadas. El Cid se comió una; y yo, apenas pude gustar un ligero trozo de la otra. El frio que sentia en mi espíritu, se cambió pronto en ardor en la cabeza, y sentí sed. Destapé una botella de manzanilla y bebi. Placiame el vino tanto como me repugnaba la comida, y bebi hasta apurar la botella. Chona, que me contemplaba con creciente curiosidad, exclamó;

-Si no come usted algo, le va á hacer dano el beber tanto, señorito; ¿qué quiere usted que le traiga?

-Nada! -Nada más de pesca, ni de fritos, ni de salsa; pero, bien ¿querrá usted alguna pasta, ó turron, ó galleta? --; Nada!

Sin hacer caso de mi negativa puso Chona, delante de mi, diferentes platos con dulces, y me dijo:

-Señorito, yo, despues de cenar, me voy à ir al barrio de los mineros. Esta noche hay gran baile, y todas las muchachas me han convidado. Me da usted su permiso?

-Vete adonde quieras y cuando

-Y diga usted, señorito; ¿y usted que se va á hacer aquí solo? -¿A ti qué te importa? Vete al

baile y procura dejar bien cerradas las puertas cuando vuelvas, porque yo estaré ya acostado.

Chona salió á cenar y yo destapé otra botella de manzanilla, empapando en la copa algunas galletas finas de Skhitown Pyrlingthon. Diez mi- | rito! | Buena Noche-Buenal

seguida de su compañero Cid.

Para coronar mi noche de mortal aburrimiento, mientras fumaba y bebia, abri un tratado de química: el Ditte y Guntz del Urano, Estaño y Antimonio. No pude leer, porque las letras, las figuras y las fórmulas bais laban delante de mis ojos, como si sintieran el guitarreo y los cantares del barrio de Noles. Arrojé el libro a un rincon y salí á la terraza de la cumbre, para ver si se me despejaba la cabeza. Al mismo tiempo que yo, salieron desesperados, por entre mis piernas, los dos gatos que tenia en casa, excitados por una tremolina de desgarradores maullidos y de furiosos resoplidos, que los gatos de la vecindad armaban en un tejado de enfrente.

Nadie quedó en mi casa en aquella Noche-Buena; ni amigos, ni criada, nr perros, ni gatos. Sólo yo, mísero de mí, quedé en aquella altura, como si no perteneciera á la humanidad; sin novia á quien querer, porque las matemáticas y la química me habian secado el corazon y la mollera; sin familia á quien acompañar, porque en mi egoismo de solteron científico no la habia formado; y sin amigos, porque todos ellos estaban en aquella hora gustando de las dichas inefables del hogar, en sus pueblos, lejos, muy lejos de la vida selvática del hombre, á quien hacen desgraciado la ciencia y el negocio, es decir: el orgullo y el

eqoismo.

Me senté en una piedra de la terraza y contemplé el triste cuadro de soledad, que me rodeaba. En el vasto horizonte que se estendia ante mis ojos, densas nubes negras cubrian el cielo, y sólo allá al Oriente, en un claro, brillaba esplendorosa una estrella, que no era seguramente la de Belen, pero si la de mi infortunio. El aireci-Ilo helado, al soplar en aquella altura, parece que aniquilaba todo rastro de animacion y de vida, y aunque a mi no me alivió del ardor que sentia en mi cerebro, penetró por la puerta entreabierta de mi despacho y apagó la luz de la lámpara, dejando mi casa á obscuras. Desde abajo, desde el vallecito donde se esconde Noles, subian hasta la cumbre los alegres rumores del baile de los mineros, el acompasado ritmo de las guitarras, los ecos de los cantares y de las risotadas, y el batir de las palmas de los de los corros. Al través del resplandor de las luces, que fulgaraban entre la negrura de las casas, sumidas en las tinieblas de la hondonada, acertaba yo á distinguir cómo se movian y pasaban y repasaban los bultos confundidos de los que bailaban. Dominando á la armonia y al movimiento del barrio la torrecilla de la iglesia dibujaba su negra espadana sobre todo el conjunto, y en sus huecos daban vueltas y vibraban alegremente dos campanas, tocando a Gloria y convidando á la misa del Gallo. En el resto del paisaje veia yo las siluetas cortadas de la sierra; líneas informes en el suelo, que marcaban el curso de los barrancos; algunos rastros blanquecinos que se perdian á me habia corrido un nudo en el cora- lo lejos, que eran los senderos, y, á diferentes distancias, montones de masas obscuras, que eran pueblos, mirándome con sus ojillos brillantes, que eran las luces de otros tantos hogares, llenos de alegría.

> Todo el mundo festejaba la Noche hermosa menos vo. Todos sentian el calor de la fe y del cariño menos yo. Todos se habian emancipado del horrible castigo de la soledad menos yo. Mi Navidad anterior habia sido bastante parecida; mi Navidad próxima seria seguramente igual. ¡Mísero de mí! Me decidi á no celebrarla y á terminar aquella. Entré à tientas en mi despacho y busqué sobre mi mesa el revolver. Mucho trabajo me costó el dar con el arma, porque el suelo se tambaleaba y la habitacion giraba en torno mio. Al fin, introduje el canon en mi boca y se me figuró que el disparo duró, por lo menos, tres minutos. Caí no sé cómo, ni en dónde, pero, recuerdo que caí.

> A la mañana signiente, dia de Pasena, me encontré vestido sobre mi cama. Serian las doce cuando Chona abrió la puerta y se puso á escuchar. si yo dormia o no.

-A qué hora viniste anoche?pregunté.

-A las doce y media, señorito, des pues de misa.

- Y donde estana yo? -Debajo de la mesa, señor: y al verle así, le cogí en brazos, le puse en la cama, le tapé con su manta de viaje, y me ful. Buena Noche-Buena geffod

Ministerio de Cultura

- No encontraste un revolver á mi

Tado? -No me fijé; pero ¡Dios mio! ¿qué fué usted á hacer con el revolver? -Vete á mi despacho, ú ver si está

en el suelo, donde me encontraste. Chona salió, y volvió despues, riendo y gritando: -1Senorito! Alli, en el suelo no hay

más revolver que este. Y puso en mis manos una botella de anisete Marie Brizard, completa-

mente vacia.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

LA NOCHE-BUENA

Esta noche es Noche-Buena' la mejor noche del ano.

El Sol, desde el horizonie, lanzo sus postreros rayos, y la noche, poco á poco, estendiendo va su manto. La brisa tornose en viento y arrastra por el espacio gigantescos nubarrones, que, en grupos de cien tamaños y formas de mil caprichos, van el cielo encapotando. Todo, por fin, se oscur. ce, reunense los nublados, y la nieve, copo à copo, el suelo va tapizando. Por que con tan mala noche, de la villa el vecindario por las calles y las plazas grita con son destemplado: Esta noche es Nuche-Buena, la mejor noche del ano? Es que celebra gozoso de diciembre el veinticuatro, noche en que nació el Mesias, de Belen en el establo. Por eso jubilo y fiesta, por eso danzas y canto y por eso mil comparsas, el mal tiempo despreciando, recorren la villa toda y á porfia, sin descauso, hagen sonar los rabeles, tamboriles destemplados, las panderas, las zam ombas, y otros instrumentos raros, que solamente en tal n che hay quien se atreva à tocarlos.

Mientras que asi por las calles sigue el puerlo a borotando, el interior de las casas presenta dis into cuadro.

Allá, en un rico edificio, tras sus paredes de marmol, suntuoso salon se encuentra, profusamente alumbrado por mil bujias, que ardiendo en preciosos cand labros, perfuman aquel ambiente que aspiran con entusiasmo, alrededor de una mesa, à la que se hallan seniados caballeros del gran mundo y señoras de alto rango. que on sabrosos manjares la noche están celebrando. Y entre el ruido de las copas, la fragancia de los platos, el chispear de los vinos, las risas, brindis y aplausos, oyese con algazara repetir de cuando en cuando: Esta noche es Noche-Buena, la mejor noche del ano.

En una pobre guardilla se ve, al resplandor opaco de una vela amarillenia, que lanza sus tristes rayos desde una botella rota, una mesa y un escaño, dos sillas de paja viejas, un catre desvencijado con un jergon y una manta, ó, mejor di ho, un guiñapo; sobre el lecho, en la pared, hay un viejisimo cuadro que representa à la Virgen milagrosa del Amparo. y ante la imagen, de hinojos, dos infelices ancianos, fervorosas oraciones entonan, así es lamando: -Madre mia, Virgen Santa, consuelo del desgraciado, mitiga ya nuestras penas, enjuga ya nuestro llanto y haz que vuelva de la guerra nuestro hijo idolatrado. -¡Ay! María-dice el viejo, la plegaria terminando,-¿qué será de nuestro Pepe? Te acuerdas cómo, otroz años. cuando estaha con nosotros, gozaba esta noche? -¡Pablo!

¡No aumentes to mis pesares, que ya sufro demasiado. solo al pensar que nuestro hijo est ra el pobre arrostrando en la guerra mil peligros...! -Peligros bien arrostrados, lue al padecer por su patria os hijos del pueblo his ano. Solo cumplen con la herencia de cloria que les legaron nuestros nobles ascendientes. Hijo mio!

-Tu quebranto mitiga, calma tus penas, la Virgen nos ha escuchado y Fepe volverá pronto de sus padres á los brazos. En silencio los dos viejos iensativos se quedaron. tuna lágrima verticron por su hijo idolatrado.

La diave sigue cayenso, et frio sigue arraciando, al vi nto copia más fuerto y el serene, acuerurado en al quieto de una puerta, murmura: de cuando en cuando: -No puedo coger el sueño; ha e una noche del diable. En si reloi de la Villa

da la una menos cuarto; en las iglesias entonces da fin la misa del Gallo y hasta el alba, por las calles, signe la gente gritando: Esta noche es Noche-Buena, la mejor noche del ano.

FEDERICO JAQUES.

CUERVO

(CONCLUSION.)

XI

Anton el bobo y Cnervo se habian conocido en un entierro, al borde de una sepultura. El duelo, aunque se despedia en el cementerio, segun rezaban las esquelas, se habia quedado atrás, muy atrás, por no atreverse con el lodo de la carretera, y como en Laguna no iban todos á las entierros, solo los valientes, los verdaderos aficionados habian osado llegar á la lejana necrópolis, como llamaba el diputado eléctrico al camposanto.

Los curas, que se despedian siempre del difunto en la casilla del resguardo, habian vuelto la espalda al que dejaban entregado á la Justicia ultratelúrica; y el carro funebre con la gente de servicio y un criado del difunto habian emprendido cuesta arriba el fin

Anton el bobo se detuvo para doblar los pantaloues, que no queria manchar de barro, y al levantar, sonriendo, la cabeza, vió que un señor que parecia un clérigo vestido de paisano, le imitaba y sourcia tambien.

de la jornada.

Y los dos, sin hablarse todavía, con al muerto. Poco despues, cuando el capellan del cementerio rezaba las últimas oraciones al que habia bajado al hoyo, atado con sogas de esparto, Cuervo y Anton volvieron á reunirse, sonriendo otra vez los dos al decir Amen a los latines del clérigo. Y al mismo tiempo, Unervo y Anton se inclinaron hácia la tierra para coger terrones amarillentos y pegajosos que besaron y solemnemente dejaron caer sobre la tapa del féretro.

-Retumba, eh?-dijo Anton el bobo, acercándose familiarmente á Cuervo , riéndose francamente y tocando en el hombro á nuestro protagonista.

-Si, retumba, -contestó Cuervo, que acogió con simpatía la familiaridad y la observacion de aquel desconocido.

El bobo repitió la esperiencia; arrojó otro pedazo de tierra húmeda y pegajosa sobre la caja y volvió á decir: - Retumba!

Salieron juntos del cementerio, y cuesta abajo, camino de Laguna, se hicieron amigos.

Les parecia imposible no haberse encontrado antes. Recordaban entierros famosos á que los dos habian asistido. Y nunca se habian visto. Tenian los mismos conocimientos en la sociedad de curas y sacristanes, enterradores y demás personal de la administracion de la muerte.

El tonto discurria perfectamente en materia de servicios fúnebres. Cuervo apoyaba con sinceridad todas sus afirmaciones. «Sin duda hablaba de memoria, repetia lo que habia oido.» Ello era que en la absoluta indiferencia con que Anton miraba el doloroso aparato de la muerte, y en el placer con que saboreaba los elementos pintorescos y dramáticos de los entierros, Cuervo veia un espejo de sus aficiones, ideas

y sentimientos. Era Anton un mozo de treinta años, pálido, afeitado, como Unervo, de ojos apagados, y llevaba el hongo negro, flexible, metido hasta las orejas; sobre los hombros encorvados, habia siempre colgada una esclavina azul, muy larga, con broches de metal blanco. Supo de Angel que su amigo vivia de sus rentas, que le administraba un tio curador, y que todo el tiempo hábil lo invertia en contemplar ceremonias religiosas, prefiriendo siempre, las de carácter fúnebre.

Desde aquel dia casi siempre se dieron cita para el entierro de mañana. Anton, más desocupado, era el que solia avisar donde habia difunto. La delicia de ambos era un buen funeral en

la aldea. -Don Angel,-decia Anton, acercándose á su compañero con misterio, -mañana uno de primera en Regatos, gvoy á buscarle?

-Bien, ¿á qué hora?

-A las cinco; hay legua v media... -Corriente; llevaré liga. Y poco despues del alba, al dia siguiente, salian al campo, por trochas y senderos, pisando la yerba mojada, alegres como los pájaros que cantaban en los árboles y como las flores que saendian al tropezar con ellas las faldas de la levita al Chervo y la eterna esclavina de Anton. Como tenian tiempo de sobra, no iban derechos à Regatos, sino los rodeos que determinaban los azares de la caza con liga, una de las aficiones secundarias de D. Angel. Por hacer algo, iban proparando varas; las dejaban sobre los setos, entre las ramas de los árboles, y se retiraban à esperar el resultado de sus asechanzas; si los pájaros tardaban en caer ... mejor para ellos. Cuervo y Anton seguian adelante. Lo primero era lo primero. Los dos mostraban im- | jimos?... ¿Sabe usted, señor ateo, por paciencia y abandonaban lus varas a li qué estos senores curas no sienten ya

la suerte. El caso era llegar al entierro.

Siempre eran bien recibidos; casi siempre esperados.

Cuervo veia en la sencillez de las costumbres aldeanas una franqueza y sinceridad muy conformes con su manera de entender las cosas relativas á la muerte. Por de pronto, el aspecto de la casa mortuoria era muy semejante al que la misma podia ofrecer el dia defiesta de la parroquia, si el amo era factor, ó esperaba convidados de categoria.

En la cocina, en la antojera, en el huerto, señales alegres del próximo festin; mucho hervor de pucheros, la gran olla en medio del hogar, como dirigiendo el concierto de bajos profundos de los respetables cacharros, cuyas tapas palpitaban á la lumbre; la cocinera de encargo, la especialista, Pepa la tuerta, del color de un tizon, arrogante, mal humorada, sin contestar á los saludos, activa y energica, dirigiendo á los improvisados marmitones y á las maritornes de por vida; postrimeros ayes de algun volátil, víctima propiciataria, que habira de estar guisado á la hora de la cena, espectáculo suculento, aunque trágico, de patos y gallinas reunido en crueles calderos, asomando picos y patas, como en son de protesta, entre las llamas, ó bien dignos, solemnes, en su silencio de muerte, atravesados por instrumentos que recuerdan la tiranía romana y la inquisicion; ó suplicios sobre aparatos de hierro que son símbelos del martirio, capones y perdices más tostados que otra cosa, que parecen testigos de una fé que los hombres somos incapaces de esplicarnos: allá fuera restos de la res los pantalones remangados, signieron descuartizada; lal pieles de los conejos, el testuz del carnero, las escamas de los pescados, las plumas de las aves, las conchas de los mariscos, los desperdicios de las legumbres: y por todas partes buen olor, un ruido de cucharas y vajilla que es una esperanza del estómago; cristal que se lava, plata que se friega, platos que se limpian ... y todo por el muerto! Por el muerto en quien no piensa nadie sino como en una abstraccion, como se piensa en el santo el dia de la fiesta.

Verdad es que allá dentro lloran. Son las majeres. Ay mio Pachu del alma!...; Por qué me dexaste, Pachin del corazon!... Bueno, bueno; no hay que hacer caso, piensa Cuervo. Así es la aldea; mucho estrépito. Tambien gritan cuando están en la llosa arrendando, y corren el cadrilo, con una alegría que en el fondo no tienen. Esto es como el ijujú de las romerías. Ni aquello es tanto placer como parece, ni estos lamentos que atruenan el espacio son tanto dolor como quieren indicar. Restos de costumbres paganas; ya no se usan las planideras y hacen sus veces las mujeres de la familia. No hay que hacer caso.

al A la sala, Anton, á la sala! Alli Están los señores curas.»

¡Cómo respeta y admira Anton al clero parroquial! Casi tanto como á los señores del cabildo.

Cuervo es acogido por los párrocos y coadjutores, capellanes sueltos y sacristanes como un compañero; Anton como un sainete muy oportuno.

Blancas sobrepellices, manzanas en las mejillas, dentaduras formidables, risas homéricas, salud, espontaneidad, un hermoso egoismo sin disfraz, comunicativo, simpático á los demás egoismos.

- Vaya! įvaya! el senor Cuervo. Tome una copiquina, grita Sebadescada cura se llama como su parroquia;-y allá el Jerez al gaznats.

Se pregunta mucho por la salud de todos, y por la prosperidad y trances de la fortuna.

-«No se siente junto á la puerta,

que viene sudando.» «Valiente pedanton y majadero y framason seria, piensa Cuervo, el que censurase á estos benditos varones, porque rien, y beben, y están contentos cuando van á cantarle el gori gori á un difunto. ¿Y qué? ¿Cuándo pueden ellos verse en otra... La mayor parte del | año aislados en su parroquia, sin ver una persona decente durante semanas, llenos de trabajos, asistiendo á los moribundos de noche, haya nieve, hielo, ladrones y fieras ó no, á leguas y leguas de distancia... ¿Por qué no han || de alegrarse, cómo no han de alegrarse cuando se muere un Pachu de estos, que deja mandado un entierro de verdad, como una boda? Van á comer bieu, como no suelen; van á tener conversacion de amigos y compañeros que casi siempre les falta; van á echar un tresillejo, que constituye sus delicias; van á cobrar una buena pitanza, que les viene de perlas zy han de estar tristes? Porque se ha muerto uno! ¿Pues no se han de morir todos? Usted, senor framason, que censura, ano lee todos los dias en los periódicos noticias de grandes desgracías, de horrendas catástrofes? ¿Y. cómo se queda usted ; tan fresco! Ayer, que el rio Colorado, en China, se llevó de calle más de cien pueblos con millares de millares de chinitos. ¿Y qué? Usted, framason, al teatro. Hoy estalló el gas de una mina y ahogó á quinientos trabajadores que dejan quientos mil huér-

fanos, zy qué? Usted, a paseo. Y por-

que esos millones de muertos estén

lejos, no se vean, ¿dejarán de ser pró-

el olor á difunto? l'orque su sagrado ministerio los obliga á vivir siempre pegados á la muerte; demasiado saben ellos que morir no es un arco de iglesia; y además, no hay dolor que resista al uso, no hay pena que no se desgaste, como se gasta el placer. ¡Hipócritas! ¡Fariseos! Nosotros, los que manoseamos la muerte, los que enterramos vuestros difuntos, hacemos algo útil sin sentirlo; y vosotros, que sentis tanto, no haceis nada de provecho. Los muertos quedarian insepultos, y habria pestes sin fin, y se acabaria el mundo si todos fuésemos sensitivos como vosotros. Vade retro. Venga otra copa, señor arcipreste.»

Y al cementerio. Delante la cruz y los ciriales, detrás la caja y luego, en dos filas, el coro de la muerte, el coro trágico, que calla á ratos, mientras habla el misterio de ultratumba alli dentro, en la caja, sin que lo oigan los del coro, como en el Palacio de Agamenon, mientras Orestes asesina á Egisto no se oye nada... Y vuelve el coro á cantar, á cantar los terrores de la muerte; terrores de que no habla la letra, á que nadie atiende, pero de que hablan las voces cavernosas, el canto llano el aparato fúnebre.

Y dicen los amigos de Cuervo: Benedictus Dominus Deus Israel; quia visitavit, et fecit redemptionem plebis suce.

Et erexit cornu salutis nobis in do-

mo David pueri sui. Sicut locutus est per os Sanctorum... Y en tanto los pájaros en los setos de la calleja y en los árboles de la huerta trinan, gorgean, silban y pian; las nubes corren silenciosas, solemnes, por el azul del cielo; la brisa cuchichea y retoza con las mismísimas ropas talares del acompañamiento de la muerte; y Anton y Cuervo, en el colmo de un delirio, oyen como extáticos, como en sueños, el run run del Benedictus, los sonidos dulces y preciosos de la naturaleza que, como ellos, vepasar la muerte, sin comprenderla, sin profanarla, sin insultarla, sin temerla; como albergándola en su seno, y haciéndola desaparecer cual una hoja seca en un torrente, entre las olas de vida que derrama el sol, que esparce el viento y de que se empapa la tierra.

FIN.

CLARIN

PATRIA

De pronto todo quedo en silencio: cesó el huracán de arrancar hojas á los árboles, de azotar las ruinosas viviendas, de levantar torbellinos de polvo, silbando sordamente; cesaron los gritos, cesaron los ayes, cesaron, en fin, todos los rumores, y el cañon cesó, igualmente, de publicar con su ronco estampido el furor y la ira de los que, vencedores en cien lides, se veian humillados ante las frágiles montañas de nna aldea española.

El sol se habia ocultado, y tras él la luz del dia iba huyendo hácia Occidente, como si anhelara que las sombras encubriesen la hecatombe producida por las pasiones humanas, para evitar á la Historia el tener que grabar en la del vencedor de Ansterliz una nueva escena de desolacion y espanto en sus sangrientas páginas.

Cuando la humareda ocasionada por la pólvora se disipó, las estrellas esmaltaban el firmamento. Un dia más, que terminaba para los habitantes de la aldea, llevándose consigo sus últimas esperanzas y dejando, en cambio, la tierra poblada de cuerpos sin vida y las almas abatidas por el desaliento y el dolor. Vivos que parecian muertos se deslizaban, sin hacer ruido, por las tortuosas calles sembradas de escombros, como si les pareciera el rumor de sus pasos una profanacion del silencio que reinaba, interrumpido tan solo por los lamentos de los heridos ó por las frases de desesperacion de las mujeres que, al dirigirse, sin saber adonde, en busca de alimento para sus familias, tropezaban con bultos medio ocultos en la sombra, y en los que reconocian quizá á un hijo, que con mano trémula se agarraba á una reja para no caer; á un hermano que pedia auxilio, á un padre que espiraba.

Obedeciendo á una fuerza análoga la da que en el mundo físico atrae v reune las moléculas, las mujeres, los ancianos y los niños se agrupaban en la plaza alrededor de aquel puñado de valientes, héroes oscuros é ignorados, que eran su última esperanza. Ni una sola boca, sin embargo, pronunciaba palabras de desaliento; ni uno solo tampoco de los allí reunidos trataba de librar su vida de una muerte cierta, á cambio de abandonar lo que con sublime arrojo habian defendido; nadie hablaba de rendirse, nadie pensaba en salvarse, aunque bien comprendian la inutilidad de sus esfuerzos, lo estéril de su resistencia.

¿Qué obstáculo podrian oponer al ejército extranjero sin víveres, sin municiones y casi sin armas? Ninguno, no, ninguno; ¿para qué engañarse á sí mismos?, ¿para qué forjar locas ilusio-Il nes? Para no importaba: resistirian

aún, y sólo sobre el cadáver del últic mo habitante de la aldea lograrian las fuerzas enemigas penetrar en el desfiladero que, abriéndolas paso á través de las altas montañas, las haria duenas de los llanos que á sus pies se extienden y con ellos de la comarca entera. No lograrian esto sino pagando caro su empeño, disputando palmo a palmo la tierra en que avanzaran. viéndose en la precision de rendir tantas fortalezas como moradas hubiese sin destruir, teniendo que ganar tantas batallas como cuerpos conservasen un hálito de vida.

Llevados hasta el delirio por el fanatismo de una idea, los habitantes de aquel pueblecito, situado entre las vertientes de dos altos y escarpados cerros, habian opuesto un dique infranqueable á un ejército numeroso, y los montones de piedra y arena de la destruida muralla parecian aún una frontera, un límite, que les decia con desdén, al comparar su fragilidad con el poderío y la fuerza de su adversario: «Hasta este sitio llegaste: no pienses avanzar un poso más».

Su sistema de defensa, irregular y exento de táctica, habia desconcertado á los franceses, por lo mismo que no obedecia á un plan preconcebido, que fácilmente pudiera adivinarse; y ellos, que pensaron no encontrar en aquel sitio más que un lugar abandonado. llevaban dias y dias sin lograr destrnirle y abrir paso á las fuerzas de caballería que formaban casi todo el ejército y que sólo por el desfiladero podian atravesar la cordillera para ir en auxilio de los sitiadores de la ciudad cercana que, en vista de su heróica resistencia, iban á verse precisados á levantar el cerco.

El frio y el silencio de la noche, al par que las mil escenas de dolor y muerte que les rodeaban, calmaron algun tanto la excitacion de los ánimos é hicieron surgir la reflexion en aquellos cerebros embriagados por la sublime locura, que habia producido tantas acciones admirables. Tenian que rehnir todo ataque de frente y en campo descubierto: en adelante, su táctica debia reducirse á sostener una resistencia pasiva, pero firme: nada de arriesgadas luchas ni de escaramuzas parciales; los pocos que quedaban no podian arriesgar una existencia preciosa para todos. Por esto tambien era preciso abandonar las brechas abiertas junto á las vertientes de los montes, y rennidos defender las que se hallaban frente á frente del enemigo: las del centro del valle, que eran las que pretendia ganar para abrirse paso.

Tomadas estas determinaciones se disolvió el grupo y las calles comenzaron á verse pobladas de sombras, que entre las sombras caminaban. Unos, muy pocos, se dirigieron á custodiar la parte de la muralla que aún se pensaba defender; los más se ocuparon en la piadosa annque triste mision de enterrar algunos de los cuerpos que permanecian insepultos; otros en trasladar los heridos á sus casas, y el heroismo, que durante el dia se habia albergado en la aldea, cedió su puesto á la caridad, que produjo cuadros y escenas indescriptibles, como es todo lo sublime y sobrenatural para la pobre pluma del hombre. Mas, por desgracia, la abnegacion de unos y otros era impotente, por carecer de los medios necesarios, para atajar los desastres causados por el plomo enemigo, para cicatrizar las heridas de los moribundos, para aminorar las torturas de los hambrientos.

Los medicamentos y los víveres estaban agotados: varias veces, en los últimos dias, habian salido en busca de unos y otros á los pueblos cercanos; pero los sitiadores de la ciudad vecina habian hecho pagar con la existencia el arrojo de los que se sacrificaban por sus compañeros, y, por lo tanto, los gritos de angustia de los que pedian bálsamo para sus dolores, o pan con que reanimar sus fuerzas, eran contestados con frases de desconsuelo de los que tenian que negarles ambas

Atento cada cual á sus desgracias, sumidos unos en la desesperacion y excitados otros por un ardor febril, que les conducia á la locura, una vez instalados los heridos en sus moradas, nadie pensó más que en sus desdichas, y cada cual quedó á solas con sus pesares. Aquel fué el momento más horrible: hasta entonces, la perspectiva de las agenas desventuras mitigó las propias algun tanto; pero entonces, en el silencio de la noche, turbado tan solo por los que removian la tierra que iba à ocultar para siempre à los séres queridos; entonces, cuando no resonaban gritos ni imprecaciones, estallaron los sollozos, únicamente escuchados de los que vertian un mar de llanto, más abrasador por carecer del refrigerante del consuelo, más amargo por faltar el lenitivo de la com-

pasion. ¿Quién trataba en las horas interminables de aquella eterna noche de mitigar el duelo de una pobre madre que, á solas con su hijo herido, intentaba en vano aminorar sus sufrimientos con besos y lágrimas? En balde habia recorrido la aldea una, dos, tres, diez veces en busca de un pedazo de pan que reanimase las abatidas fuerzas del enfermo; en balde tambien imploró por caridad algo. ¿El qué? No lo sabia, pero algo que pudiera devol-

verie la salud. Nada, nada: todo inntil. Como ella lo habian hecho otras muchas, retorciéndose los brazos con desesperacion, y como ella tambien se habian visto reducidas á llorar resignadas junto á los séres queridos.

R esignarse!, y ¿por qué? Era una cobardía á que no llegaria jamás: antes que ver morir a su hijo lo intentaria todo, todo. Por fortuna, su herida no ofrecia peligro: cuidados y alimentos necesitaba solamente, y era preciso, forzoso, imprescindible que los tuviera. ¿Qué importaban los medios con tal de conseguir su salvacion?

Evocándose unas tras otras las ideas, llegaban á germinar en su mente pensamientos y planes que la horrorizaban; y espantada de la resbaladiza pendiente, a cuyo borde la conducian sus sentimientos, volvia á dejar correr sus lágrimas y volvia á rezar implorando proteccion al cielo contra sí misma, y volvia á poner sus labios sobre los de su hijo, tratando de comunicarle nuevo aliento, de infundirle nueva vida, y sobre todo, sobre todo, de que no pronunciara la frase que la hacia enloquecer, de que no la pidiera lo que no podia darle.

¡Qué interminables eran las horas! ¡Qué horrible el silencio de la noche! ¿Por qué no habia de retumbar el canon? ¿Por qué los enemigos no intentaban algo que rompiese la monotonia de aquella calma? Quizá lograsen de ese modo arrebatar á los franceses algunas vituallas; quizá con un nuevo encuentro, en que saliesen mal parados, se decidirian á alejarse de allí. ¿Por qué no se intentaba algo? ¿Por qué esperar la muerte sufriendo aque-Ila lenta agonía, más terrible que la de los moribundos? ¿Por qué no acabar de una vez? ¿Eran pocos? ¡Qué importaba! Las mujeres, los niños, los ancianos, todos se unirian á los improvisados guerrilleros y, con esa fuerza que da la desesperacion, lograrian aterrar al ejército extranjero, que huiría... huiría despavorido, dejando en su poder el campamento, las armas, las municiones y, sobre todo, los viveres.

Llevada en alas de la imaginacion, enya velocidad á nada es comparable, aquella infeliz creia ver realizadas las hermosas ficciones de su fantasia, á su hijo restablecido, la guerra terminada, y, limpios de la sangre que los enrojeció, aquellos campos fructificar de nuevo, y renacer la dulce tranquilidad de otros dias bajo el soplo carinoso de la paz, de ese don divino que es verdadero talisman, á cnyo amparo florecen las naciones y prosperan los pueblos.

Por qué no habian escuchado sus palabras? ¿Por qué sus convecinos no seguian sus consejos? ¿Qué esperaban para dejar así pasar el tiempo? ¿En quién confiaban? ¿Qué maldito letargo habia adormecido el arrojo de todos? La desesperacion al pensar de esta manera volvia á sublevar su espíritu.

-Conformidad: Dios lo manda,recordaba haber oido de lábios del sacerdote, á quien siempre veneró, siempre, ménos entónces.

¿Conformidad? ¡No queria conformarse! ¿Cómo había Dios de ordenarla ver morir á su hijo con los brazos cruzados y el alma resignada?

-| Nunca! | uunca! - exclamaba. -

Primero!...

Y volvian á invadir su cerebro aquellas ideas que la hacian temblar, y olvidando las cristianas palabras del ministro de Dios, resonaban en cambio en su oido las que el jefe de las fuerzas dijo á ella y á otras infelices que le pedian pan para sus familias.

«Los franceses tienen mucho; el que no se conforme, que se vaya con ellos.n

En un arranque de delirio se arrojó, como loca, á los piés de una imágen de la Virgen, y con la inconsciencia de un demente, la dirigió frases entrecortadas, implorando su amparo unas veces, otra preguntándola á ella, que tambien era madre, sino debia intentarlo todo para salvar á su hijo; y otras, en fin, pidiéndola que consintiera primero en verla muerta, que infame, traidora; traidora, sí, porque aquella idea que, á pesar suyo, acariciaba en su espiritu, era una horrible traicion. Pero, ¿cómo desecharla, Dios del cielo, si su hijo gemía allí, junto á ella, si habia de verle morir estenuado y sin que nadie pudiese aminorar sus torturas? ¿Debia consentirlo? ¿Venderia a los que tan heróica resistencia habian opuests al invasor?

- Nunca!-respondia á lo primero su amor maternal.—¡Jamás!—la gritaba su conciencia.—¡Tu pátria ante

todo!

¡Su pátria! ¿Y qué era la pátria? Nada al pensar en su hijo: lo más sagrado despues de Dios, al decir de los defensores de la aldea. Ella, pobre mujer, ¿que entendia de aquellas cosas? ¿Por qué comenzó la guerra? Lo ignoraba. Habia oido hablar mucho de batallas ganadas y perdidas, pero no se figuraba los desastres y el luto que aquellas frases encerraban.

Despues, hacía de esto algunos dias, vió al levantarse una mañana, la campiña poblada de hombres armados. El pueblo estaba revuelto, unos iban, otros venian y hasta las mujeres y los niños ayudaban á los que trabajaban

à la entrada del lucar. El anguno sucerdote les escitaba l'qué la importaba lo demés?

con palabras bélicas, y él fué el primero en ponerse al frente de los valerosos campesinos, hablando del cielo á los moribundos y de la pátria á los que combatian. Nadie habia flaqueado: todos, al caer heridos, pronunciaban con entusiasmo delirante el nombre de España, al par que los de las personas á quienes más querian: todas las mujeres habian sido las primeras en señalar á sus hijos el ejército extranjero, y secando sus ojos, en los que brillaba el fuego del amor pátrio, | les decian, mostrándoles á los combatientes: «¡Aquel es tu puesto: imitálosin

Ella misma vió con orgullo luchar al suyo como el primero; ella misma pronunció para enardecerle, frases de ódio contra el invasor. Quizá le odiaba tambien, sin saber la cansa, de una manera instintiva. Ignoraba el por qué eran aborrecidos aquellos hombres. ¿Qué habian hecho? ¿ Qué intentaban? Tampoco lo sabía; pero una voz, surgiendo del fondo de su ser, la hablaba con acentos desconocidos, infundiendo en su mente la idea de que los execrados enemigos intentaban algo, y algo horrendo, pavoroso. ¿Dar muerte á todos? No; de fijo no era eso; pues si eso solo fuera, con qué placer hubiese visto entrar en la aldea á los franceses, que piadosos en su mismo furor, la quitasen la vida. No debia ser eso, porque eso era poco; sería algo más horrible: profanar sus templos, robar sus imágenes, ultrajar los sepulcros, atraer, en fin, sobre la comarca, cataclismos espantosos, que tendrian que presenciar, pues para mayor tormento, ni aun la muerte les sería posible.

Sin embargo, aunque al pensar en esto se horrorizaba de sus ideas, y lo prefería todo, á realizar su criminal intento, cuando su hijo volvía a agitarse y a pedirla pan, volvian tambien á resonar en su oido, cual pronunciadas por un ángel malo que acechaba el momento oportuno, aquellas palabras que la arrojaban de nuevo en el infierno de la tentacion.

Los franceses tenian alimentos y medicinas y cuanto el enfermo necesitaba para restablecerse: ella podia salvarle: con revelarles que las brechas próximas á los montes habian sido abandonadas; con enseñarles el camino por donde podrian penetrar en el pueblo, de seguro la darian lo que tanto anhelaba. ¿ Cómo dudaba? ¿Cómo no corría? ¿Cómo vacilaba aún? ¿Qué era su aldea? ¿Qué era su pátria? ¿Qué era todo, comparado con su hijo?

- Madre! tengo hambre. No me oyes, madre?-volvió á repetir el herido con esa tenacidad con que los ninos y los enfermos exigen una cosa .--¡Me muero!... Dáme pan... un pedazo

La aludida exhaló un grito salvaje; estrechó convulsivamente al jóven entre sus brazos, y, loca, desatinada, abandonó su humilde vivienda. Su exaltacion daba alas á sus piés, é impulsada por un delirio febril, corría, mejor dicho, volaba, procurando evitar el encontrarse con sus convecincs. El frio que se dejaba sentir la tranquilizó algun tanto; pero al volver la calma á su espíritu, lejos de huir de él su criminal idea, cobró más fuerza y más vigor, solidificándose, por decirlo así, el torrente de pensamientos que en él bullian, como se solidificaba el agua de los charcos que la lluvia del dia anterior habia dejado en el suelo, bajo el influjo de la helada temperatura que reinaba,

No era ya un vértigo el que la arrastraba hácia el campamento enemigo, era la resolucion, firme é inquebrantable del que no repara ni quiere reparar en los medios, con tal de alcanzar el fin. Unicamente al llegar á las avanzadas del ejército comprendió lo monstruoso y horrendo de su accion; pero ya era tarde: los centinelas, viendo errar una sombra por los contornos, dieron el alto, que ella no entendió, ni pensó en contestar, y cuando más viva y fuerte era la lucha en su alma, se vió cogida por dos soldados y arrastrada hácia el interior de

las trincheras. Tomándola por un espía, la hicieron varias preguntas, por medio de un intérprete, y grande fué la admiracion de todos, cuando en vez de tratar de disculparse ó de implorar su compasion, se limitó á decir que quería ver al general y que era urgente y forzoso que la llevasen á su presencia.

Al fin lo consiguió. En aquel instante último de sus vacilaciones, el combate librado entre los dos sentimientos que la dictaban acciones opuestas fué, aunque corto, terrible.

-Todo antes que verle morir-se decla casi en voz alta, cual si de este modo tratase de acallar otra, tan solo de ella escuchada, pero que la hacía enloquecer, repitiendo siempre:-;Tu pátria ante todo!

Triunfó su amor de madre una vez más: habló al fin: imposible retroceder dado el primer paso: por otra parte, tampoco lo intentaba: solo una cosa ansiaba ya, volará la aldea.

El general du dó un momento. ¿Quién le respondía de que no le tendian un lazo? La desdichada mujer no contestó á esto; no lo oyó siquiera. Su sin descanso en amontonar obstáculos | hijo iba á salvarse, aquel hombre la habia prometido cumplir sus deseos;

-¡Ay de tí, si nos engañas!-exclamó él decidiéndose.

-Matadme, ¿qué me importa?contestó la infeliz volviendo en sí y sonriendo amargamente.

Cuando la indecisa luz del crepúsculo, precursora de la claridad del dia, comenzó á iluminar el horizonte, las huestes francesas penetraban en el pueblecito.

La lucha que se entabló fué tan corta como sangrienta. Hombres, niños, mujeres, ancianos, hasta los heridos que aun conservaban un soplo de vida, se precipitaron á contener el torrente invasor, y entre los gritos de los que espiraban y el fragor de la pelea, solo se escuchaba una frase de todas las bocas, anatema terrible pronunciado con ódio y execracion:

-Nos han vendido: han revelado las brechas que abandonamos ayer.

Traicion! Traicion! La pobre madre, delirante, loca, habia penetrado con el general y las primeras filas de infantería; más en vano buscó á su hijo con febril anhelo: no le encontró, y tan solo cuando, cual terrible avalancha, sus heróicos convecinos pretendieron atajar la marcha al extranjero, le vió con espanto lanzarse á la lucha, y pronunciando dos frases, dos solamente, una de entusiasmo delirante para su pátria, otra, la última, de ódio terrible para el desconocido traidor que les habia vendido, caer bajo los piés de los caballos de los escuadrones franceses, que ganaban á escape el desfiladero.

MAGDALENA SANTIAGO-FUETES SOTO. Bürgos, 1890.

Una de las profesiones más Incrativas de Londres es la de los Solicitors, un término medio entre nuestros abogados y procuradores.

Son procuradores que necesitan ser abogados y que no abogan; pero dirigen á los abogados que defienden los

Los solicitors, dicho se está, que son casi todos unos linces, y digo casi todos, porque los hay de dudosa perspicuidad.

Como ejemplo práctico, vamos á dar a conocer un solicitor llamado « Wellborne», que ha presentado la demanda de divorcio á su mujer acusandola de mala conducta y como cómplice de ella á «Enrique Everard», un joven de diecinneve años. La mujer tiene veinti-

A la verdad, el pobre marido no ha dado grandes pruebas de travesura, pues á juzgar por lo que hasta hoy se ha podido saber, faltan pruebas en que apoyar la comision del delito. Error grave en un solicitor.

Todo lo que el bueno del marido ha podido dejar traslucir, es que él no es un modelo de moralidad doméstica, pues segun ha declarado su mujer, era brutal en su trato, cruel, celoso, la ha pegado algunas veces, sendas cachetinas, y hasta en una ocasion arteramente, le dió un golpe con la maza del taco del billar aprovechando la oportunidad de estar ella detrás de él un dia que estaban jugando en la sala de billar de su casa, por no avisarla para que se apartase cuando iba él á tirar.

Vino luego el pedirle perdon cuando la primera cachetina, en la cara, y niega que fuera intencionalmente el golpe con la maza del taco en la pieza de billar, la segunda.

Sea de ello lo que quiera, queda en pie otro hecho increible, a saber, que el marido leia á su mujer, á disgusto de ésta, obras reputadas como obscenas, entre otras, la más picantes de las obras de Zola y con especialidad Nana, con láminas edificantes, y otras de color más subido y que no tienen en su abono el mérito literario de la pluma de los autores sino el cinismo y la crudeza del realismo.

Pero ¿qué más? El bueno del marido cantaba los himnos religiosos con tales trasplantaciones, y no en la iglesia, por decontado, sino en la casa delante de su propio hijo, el cual, con la inocencia le corregia á su padre, diciéndole:

-No: no es eso papá. Es así... Y el padre se reia de la inocencia

de su hijo ... La solicitora es una perla que se

pierde de vista. ¡Una paloma! No ha habido medio de probarle ningun hecho concreto en que apoyarse para declararla adúltera, aun cuando se hayan hecho declaraciones tan originales como la signiente salida de los labios del hermano mayor del joven Everard:

«Un dia bajaba yo por la escalera »y estuve á pique de desnucarme por-»que tropecé y casi caí encima de mi phermano y de la señora de Wellbor-»ne que estaban sentados en la escalera ȇ oscuras en hora en que aun no »se habia encendido el gas.

»Recuerdo tambien, -añadió, -que »otro dia se desabrochó el vestido de-»lante de Everard y de mí, y cuando »le hice reparar en ello, me contestó: »No importa tengo mucho calor.»

Algo más grave es la declaracion de un agente privado, á quien el ma-Il rido pagaba para que siguiera á su

mujer. Y por cierto, que es cómico hasta hacer reventar de risa lo que acerca de este incidente se ha dado á

conocer. Parece ser que el joven Everard. que es de la piel del diablo, sabia que su agente le perseguia y se entretenia en pasar en velocipedo por delante de él y partiendo luego como una flecha hasta que le perdia de vista y volver á pasar...

Por fin, en una de las escursiones en que el joven (iba sin velocipedo) entró en un carruaje de primera clase en ferrocarril, acompañado de la supuesta pecadora, no quiso el agente desperdiciar tan brillante ocasion, y habiendo impetrado la ayuda de uno de los empleados del ferrocarril, que era amigo snyo, le invitóá servir de testigo.

Accedió el empleado, y cuando momentos despues de partir el tren, el agente y el empleado se asomaron á la ventanilla poniéndose de pie en el estribo del coche con la exposicion consigniente en que iban los supuestos amantes, solo pudieron comprobar... que la demandada, sin duda por por equivocacion, en vez de sentada encima de los asientos del coche lo habia hecho encima de las rodillas del joven y estrechamente le abrazaba. Iban jugando á darse besos, como si solo tratasen de hacer rabiar al agente y al otro testigo pero... nada más.

Ya tuvo el juez buen cuidado de preguntárselo y los testigos le dijeron la verdad.

¿Y qué mal hay en eso? Lo que dice la infeliz perseguida, hasta á su propio marido:

-Yo no lo niego, yo le quiero mucho á Enriquito, pero platónicamente...

De modo que seria una infamia que le concedan el divorcio al del solicitor que, eso sí, no se ha olvidado de pedir la correspondiente indemnizacion de danos y perjuicios!

Y en cuanto á perjuicios no creia que podria tenerlos con las visitas del joven Enrique, en un principio, cuando visitaba á la mujer en un principio á que le incitase á venir porque era conveniente para sus asuntos... pero luego... luego... Vamos, esto si que es difícil de contar. Sin embargo, como forma parte del proceso, no puedo, en mi papel de cronista, omitir este importante punto de la narracion:

Tras una escena de violentos celos, el marido amenazó á su mujer con darle un tiro. Ella habia visto el revólver, tuvo miedo, y para quitar la ocasion se encerró en su cuarto, retorció las sábanas y se descolgó por el balcon yéndose á dormir... con una ninera despedida de la casa dias antes, y que queria á su señorita entrañablemente, tanto que el marido la acusaba de quererla más que á él!

Decididamente el bueno del solicitor es un lince. Haber descubierto que su mujer quiere á todos... más que á él! ¡Es increible tanta perspicacia!

Y por decontado el marido no ha hecho ni más ni menos que aquel maestro de escuela que decia: «Muchachos, sordao se escribe con 1;» porque él tenía perdida la cabeza por la niñera, que un dia vino á decir á su senora: «Protéjame usted, señora, por-»que el señor se empeña en que cam-»biemos de papeles y sea yo la señora »en vez de ser la niñera...»

Y á todo esto, el pollo de los diecinueve años, el héroe de la fiesta, no está muy entusiasmado, que digamos, con su adorada cómplice de platonicismo, porque segun declaracion del hermano mayor, cuando éste le dijo:

-Mira que todo esto va á acabar porque le concedan el divorcio al marido y vás á tener que casarte con la

Contestó:

-1Yo! ¿Casarme yo? ¿Te figuras tú que voy yo á cargar con la mujer que otro desecha?

Pobre demandada! La que fué miss Mary Blanche Wassall se va á quedar sin marido, sin amante y hasta sin ninera, si esta opta por seguir al marido, como es muy probable. En mi próxima carta sacaré á ustedes de

Necesito hacer una rectificacion. Donde me han hecho decir los cajistas simpático «Horman» conde de Mejorada, debe leerse Sportman. Hortman no quiere decir nada y creo necesaria la rectificacion, así como la del Baza hablando de Rostchild, aun cuando esa errata es más fácil de comprender que que queria decir baron.

Desde el año de 1870 se viene estudiando un proyecto atrevidísimo que parece va á llevarse á cabo el año 1892. El pensamiento consiste en explorar el polo Norte en globo.

Los ingleses han puesto el capital y los Sres. Hermite y Besarson se ofrecen á llevar à cabo la ascension.

El material para llevar á cabo la empresa se compondrá de un globo lleno de gas hidrógeno puro, conte- | niendo 15000 metros cúbicos, 30 metros de diámetro y capaz de elevar 16000 kilógramos.

El globo estará cubierto por dos capas de seda china que sean capaces

barniz impermeable de colodium aceite combinado por el Sr. Hermite

El globo llevará cnatro globos pilo tos destinados á ser lanzados encime del polo para estudiar las corrientes aéreas, y además otros cuatro globos de 350 metros cúbicos que servirár para proveer de gas al globo principay compensar las pérdidas que tenga durante el viaje.

El globo irá provisto de una maroma-guía muy pesada que irá arrastrando por el suelo á fin de que llegados á las regiones polares pueda estar á una altura determinada por cima del suelo, preparada de modo á la punta, que pueda agarrarse á los hielos ó tomar un punto de apoyo sobre las olas.

La canastilla será de mimbre revestido de acero, y acolchado, á fin de poner á los aeronántas al abrigo de la temperatura glacial de las regiones polares. Contendrá, además de los dos viajeros y sus instrumentos de observacion, ocho perros, un trineo, una lancha insubmerjible, víveres para un mes y cierta cantidad de agua.

Encima de la canastilla, que ordinariamente estará cerrada, habrá un puentecillo ó terraza desde donde podrán los aeronautas hacer sus observaciones científicas, si la temperatura exterior lo permite.

Ambos esploradores saldrán de un puerto francés escoltados por dos vapores, cuyo flete constituye uno de los mayores gastos de la expedicion.

En estos vapores irá todo el material necesario que necesitarán llevar; solo cuando hayan llegado á su destinc y para producir el gas hidrógeno puro empleando el procedimiento que se emplea en Chalais-Meudon para los globos militares.

El coste de la operacion es grande pues asciende á un franco el metro cúbico, ó sea de quince á dieciseis mi

francos para el globo aludido. Proyectan salir en el mes de mave para llegar á Spilzberg en julio. Piensan permanecer en el aire ocho

o diez dias. El tiempo total de la espedicion, ida

y vuelta, se calcula en seis meses. Lo presupuestado, 560000 francos; 60000 para el globo y 500000 para compra del material y flete de los va-

No iran hasta 1892 porque quieren tomarse el tiempo suficiente para ensayar todo, á fin de tener la seguridac de que no han de salir fallidas las esperanzas concebidas.

El próximo año de 1891 tendrá Yugar, en Chelsea, donde tuvo lugar este año la militar, una exposicion na

El presidente del Comité Almiran te Inglefield ha dirigido ya una cir cular, que han publicado los periódicos, pidiendo que se ponga en noticia del público el proyecto, á fin de que éste favorezca al Comité enviando co lecciones de pinturas referentes á batallas, pinturas al óleo, miniaturas, reliquias, manuscritos, trofeos navales, armas antiguas, espadas, bustos y estatuas pequeñas de oficiales distinguidos de la armada inglesa y uniformes que puedan contribuir á ilustras los varios períodos, acontecimientos y condiciones con el servicio naval desde los tiempos más remotos.

En la circular se hace saber que se tendrá el mayor cuidadado con los objetos que se faciliten á título de préstamo y que cuantos gastos produzca su envío, devolucion y exposicion, serán de cuenta del Comité, el cual elegirá, entre todo lo que se le envie, lo que juzgue más apropósito para el objeto de la exposicion.

Entre los diferentes atractivos que se proyecta ofrecer al público es el principal la construccion de un lago de 250 piés de largo y 150 de ancho y cuatro ó cinco de profundidad para exhibir los modelos. Si la idea no resulta muy costosa, se llevará adelante.

Se ha ofrecido un premio de cien libras por el mejor modelo de bote, dándose el premio por votacion del público, que votará.

El Comité piensa elevar un faro, y ya le han ofrecido darle uno de los mejores, con arreglo á los últimos adelantamientos.

La produccion de té de la India en en este año se calcula en 110 millones de libras, y la proporcion entre el consumo del té indio y Ceylan en el Reino Unido sa eleva á 75 por 100.

Como se ve, China va quedándose mny atrás, tanto, que apenas nos surte un 25 por 100 del consumo; y en cuanto el ferrocarril de Bengala á Birmania esté concluido, puede dar por concluido su comercio de té con Rusia.

Para dar una idea de las nientas que estos dias envuelven á Londres nos bastará referir el siguiente hecho

Nos ha manifestado un aficionado á pájaros, que los que tiene en su casa, al ver iluminada la casa por el gas a las doce del dia, creyendo que la luz es el sol, rompen á cantar de contento.

Lejos de haber sol desde el viernes, de resistir 2000 kilógramos de presion. | además de la niebla el frio ha sido tar Interiormente estará pintado con un li intenso, que ha llegado á 16 y 20º por

inisterio de Cultura

la noche, y el domingo, á las seis de la tarde, 112º bajo cero!

Pero hubo más, y esto sí que es original: mientras la niebla y el frio eran intensos en una parte de Londres, en otras distantes entre si escasamente media milla, hacia un sol magnifico!

Los patinadores están locos de contentos: más de 10000 de éstos fueron ayer à los Jardines de Kensigten à patinar en el estanque, y otros tantos al Parque del Regente, en el Lago.

En el de la «Serpentine» de Hyde Park se cree que se podrá llegar á patinar; pero no es seguro, pues desde 1881 no ha hecho nunca bastante frio para que se pueda patinar sin peligro, porque es mucho más grande y tiene más agua que los otros estanques.

En 1881 se heló el agua á una profundidad de cinco pulgadas de espesor, y ahora no hay más que dos y media á tres pulgadas heladas.

En los parques alejados de Londres tambien ha habido gran concurrencia de patinadores.

Se necesita una salud de bronce y una aficion á patinar inconcebible para lanzarse en un dia de niebla por esas calles, con frio de 12º bajo cero, hasta ir á parar á un estanque, ponerse unos patines y estarse dando carreras por el hielo. ¡Vamos, hay gustos para todo!

Poco tengo que decir acerca de la cuestion Parnell.

Cuando ésta empezó, sus amigos de América le enviaron un telegrama diciéndole: «Resigna, cásate y vente.» Pero se conoce que tambien Parnell es de la opinion del joven perseguido por el solicitor de que he hablado. No cree prudente casarse con la mujer que otro desecha, y ha preferido irse a Irlanda, donde ha sido recibido con entusiasmo por sus parciales, á silbidos por sus contrarios.

Mi opinion es que tras una resistencia más ó menos obstinada acabará por ceder ó se lanzará á vías de hecho que le obligarán á expatriarse si no quiere que, si le cogen, se pase nnos cuantos años en una prision in-

glesa. Por de contado quien ha ganado con esto es el gobierno conservador, que tiene grandes probabilidades de ganar las próximas elecciones. Si para mayo no disnelven será prueba de que no están seguros de la victoria, en cuyo caso ann les quedan, si quieren, dos años más de poder.

La acertada gestion de Goschen al frente del ministerio de Hacienda da gran fuerza al partido conservador, y fuera de Gladstone, no hay hacendista capaz de reemplazarle con ventaja.

Yo no sé por qué tienen los ingleses y las inglesas la fama de ser de hielo, porque más catástrofes que la de Troya han producido las Elenas del Reino Unido.

No me queda espacio para hablar de la exposicion de ganado que tuvo lugar el dia 9. Lo haré en mi próxima carta.

B. DE OYA.

Londres, 14 de diciembre de 1890.

DESDE EL BOULEVARD

¡La causa Gouffé! He aquí el acontecimiento culminante de la semana. Apenas si la romántica evasion de Padlewski ha distraido un poco á los parisienses de el drama vivo cuya premiere empezó anteayer en el tribu-

nal de Assises del Sena. Los magistrados-dicho sea con el respeto debido á sus graves funciones -han convertido, en efecto, la vista de esta cansa injustamente célebre, en nna primera representacion de drama, de esas que por la dificultad de encontrar localidad para presenciarlas, despiertan doblemente interés, gracias al detestable sistema-por desgracia comun en todos los países en casos análogos-de reservar á personas y personajes, más ó menos importantes é influyentes, el privilegio de ocupar el espacio que en el local del juicio manda la ley sea accesible al público, como garantía para los acusados de la imparcialidad de sus jucces y en beneficio de la misma accion de la justicia, que puede-como se ha dado algunas veces el caso-recibir testimonios imprevistos de personas que presencian la vista y no habian sido llamadas á declarar anteriomente; lo cual puede muy bien salvar á veces la cabeza de un inocente.

Cuando, además de las noticias que el telégrafo les ha adelantado, mis lectores sepan que todo el local reservado al verdadero público está ocupado durante la vista del proceso Gouffé por las personas que han obtenido tarjetas de entrada y que sólo por fórnala se ha dejado espacio para que rinco ó seis personas de las infinitas que sin permiso especial han hecho cola desde las seis de la mañana á las puertas del Palacio de Justicia puedan entrar a presenciar los debates, | cio. comprenderán lo verdadero de aquel refran de que cen todas partes cuecen | bo sa poco de parte cómica, constitui | '

pasó en Madrid cuando se trataba de ver cómo defendia el pescuezo la famosa Higinia, que en el cultísimo París cuando se ha tratado de ver si la cabeza que defiende Gabriela Bompard era tan bonita como desde hace seis meses nos vienen contando.

Mientras para la prensa extranjera, tan numerosamente representada en Paris, ha habido solamente cuatro tarjetas de entrada á la vista, y la prensa francesa de provincias ha sido menos atendida todavía-lo cual seguramente costará su destino á algun periodista de los que por deber tienen que presenciar lo que allí pase para lanzarlo á la publicidad-en el escogido público que los magistrados se han procurado, no faltaban-más bien sobraban-muchas lindas damas del gran mundo y quizás algunas de mundo menos grande, armadas de gemelos para no perder detalle del lúgubre espectáculo.

Es bien triste ver en estos casos tantos lindos ojos que sólo debieran emplearse en miradas dulces ó compasivas, cebándose en el rostro de dos vulgares asesinos y en todos los siniestros instrumentos y objetos empleados en suprimir á un huissier y hacer desaparecer su cadáver de las indiscretas miradas de la policía!

Pensar que muchas de aquellas senoras serán entusiastas protectoras de los animales y que se desmayarán si un distraido le pisa el rabo á su pe-

Y la verdad es que el drama que tan interesante se nos prometia va resultando vulgar de toda vulgaridad. | briela.

Eyraud, cuyo aspecto está muy lejos de ser tan innoble y patibulario como los retratos nos le presentaban, visto de cerca no ofrece gran diferencia física con cualquier honrado ciudadano de los que diariamente se cruzan con nosotros por esas calles.

¿Gabriela? ¿Dónde está esa belleza seductora é irresistible, ese atractivo de linda serpiente, capaz por sí sola de dar al traste con la severidad de sus jueces y con la conciencia de los jurados, amén de atraerse todas las simpatías del público y aun de despertar fogosa pasion en algun espectador sensible?

Decididamente ciertas heroinas pierden todo su prestigio vistas á dos ó tres metros de distancia y sin gemelos, para no exponerse à que el presidente, Mr. Robert, nos los haga guardar, como muy acertadamente lo ha hecho con las elegantes espectadoras del juicio.

Una muchacha rubia, con nariz remangada, fisonomía un tanto viciosa y gesto de niña mimada á quien regañan. En cuanto á belleza plástica discreta frase de un cronista judicial, -una mujer sin prominencias de ninguna especie. Gabriela parece más bien un muchacho vestido de mujer.

La inteligencia no se revela en su mirada, ni en sus maneras, ni en sus

de elegancia; concedido; pero ¿qué || parisiense de 22 años no las tiene?

Algo de mal humor cuando ve que | nía de seguros sobre la vida. sus declaraciones, por lo inverosimiles hacen asomar sonrisas de incredulidad en los magistrados y cierta excentricidad, hija más bien del cinismo que del estudio inteligente de su papel ó de la irresponsabilidad de que único medio de salvacion.

cerca durante los dos dias de audiencia trascurridos.

Eyrand resulta más vulgar aun. Posee el cinismo tranquilo. Relata con una escrupulosa sinceridad los más nímios detalles del crímen, y hay en sus declaraciones una ruda franqueza que muestra bien á las claras que ni miente, ni se hace ilusiones sobre su cabeza y aspira sólo, en una singular equidad, á que, en esta partida en que ha perdido el más importante adorno de ju persona, Gabriela, que, segun todas las apariencias, ha tenido la misma participacion que él, le siga bajo la cuchilla de Monsieur de Paris.

Sólo se irrita cuando le hablan de sus antecedentes, teniendo la extraña manía de que los periodistas y todo el mundo le calumnia, y exclama, con una ingennidad que en otro sitio resultaria cómica, cuando le recuerdan alguna accion poco delicada:

- Por quién me toman!

Su sangre fria no se ha perdido más que al presentarse Garanger. Eyraud no le perdona el flaco servicio que le ha hecho trayéndose á Gabriela á Europa y llevándola á constituirse prisionera, dando así la verdadera clave de su paradero y facilitando su captura por nuestras autoridades de la Habana.

El interrogatorio de Garanger y el careo de éste con Eyrand en la segunda audiencia ayer, ha sido el único momento de interés dramático del jui-

Como en todo buen melodrama, hu-

habas...» y recordarán que lo mismito da por el diálogo entre el testigo y el acusado sobre los 5000 francos de Garanger con que Eyraud y Gabriela vivieron largo tiempo en América.

-¿De modo-dice Eyrand-que usted supone que le he estafado 5000 francos?

-Lo cierto es-responde Garanger-que se los presté y todavía no me los ha devuelto.

Un vaudevillista no haria nada más bonito.

Esta escena ha terminado por una rnidosa convulsion de Gabriela-que bien pudiera ser fingida,-produciendo gran emocion en el público y oportunamente sobrevenida en el primer momento de verdadero furor de Ey-

Pasado este accidente, durante el cual Gabriela ha pronunciado las dramáticas palabras: «¡Miguel, Miguel, no me mates!» y cuando la heroina se ha presentado en una toilette menos cuidada que al presentarse al público, sin el talle oprimido por el elegante corsé y habiendo sustituido por una mantilla que ocultaba el desorden de sus cabellos, su defensor ha planteado, con una pregunta á Garanger, la cuestion del hipnotismo.

Garanger ha declarado haber dormido á Gabriela varias veces y creerla un excelente sujeto.

Y el presidente ha levantado en el acto la sesion.

Oportuna suspension de audiencia y excelente final de acto segundo.

Para hoy nos anuncian al final de la audiencia otro incidente de sensacion: las declaraciones contradictorias de los peritos médicos citados por la acusacion y la defensa para dar su opinion sobre la responsabilidad de Ga-

La escuela de París sostiene la responsabilidad; la escuela de Nancy la irresponsabilidad.

Por telégrafo sabrán esos lectores, al leer estas líneas, si hemos llegado á tener el espectáculo de esperiencias llevadas á cabo ante el tribunal y si los que van buscando emociones gordas al Palacio de Justicia han encontrado al fin satisfechos sus deseos.

Pero, ann á riesgo de resultar malos profetas, parécenos que el presidente Mr. Robert y el procura or general Quesnay de Beaur paire, que desde ayer dirige casi exclusivamente los debates, con muchísimo tacto y dignidad por cierto, van á procurar nna desilusion á las lindas espectadoras de la Cour d' Assises.

El oficio de cronista en París desde hace seis semanas va resultándonos á manera de escuela práctica de Derecho y Leyes.

Por donde quiera que asoma uno -nos valdremos pudorosamente de la | la cabeza en busca de asunto, tropieza con un proceso civil ó criminal.

> A este paso, será conveniente, para estar mejor informado, ejercer la profesion vestidos de toga, lo cual hará más abordables jueces, fiscales, abogados y escribanos.

Por un lado la causa Gouffé, por Un poco de coquetería y un poco otro Padlewski, ahora un nuevo proceso Eyraud-civil esta vez-que madame Eyrand intenta á una Compa-

El caso es curioso por demás. Eyrand se habia asegurado la vida y habia pagado las primeras primas, bastante antes de su operacion de la rue Tronson-Doucoudray.

Despues de su fuga, como es natusus defensores quieren cubrirla, como | ral, habia olvidado pagar las pólizas signientes.

despues de bien observada muy de | raud ha querido pagar la prima atra- | madre, aguardan en su domicilio su sada para de esta manera tener derecho á cobrar el seguro para su hija en el caso, probablemente próximo, de muerte de Eyraud.

> La compañía se mega a regularizar la situacion apoyándose en que ha pasado el plazo y además en que el caso actual de Eyraud la exime, caso de guillotina, á pagar el seguro.

> Ignoramos cómo se hizo exactamente el seguro y generalmente la muerte voluntaria exime á las compañias del pago.

> Pero, sin prejuzgar la cuestion de derecho, parécenos un poco fuerte que sea admisible la que un individuo se haga voluntariamente cortar la cabeza por el gusto de que su familia herede unos cuantos miles de francos.

> Y en este caso especial seria una exageracion de su derecho, poco caritativa de la compañía apoyarse en lo no involuntario del fallecimiento para negar á la hija de Eyrand la única herencia soportable que su padre puede dejarla.

Otro proceso curioso en perspectiva es el que el antor dramático Henry Becque intenta contra el gran crítico Sarcey.

El que bien pudiéramos llamar principe de la critica parisiense tiene el feo vicio-dicho sea con todo respeto-de hacer intervenir en sus juicios la contaduría del teatro, esto es, terminar sus artículos, profetizando si la obra dará mucho ó poco dinero y los llenos que de ella pueden esperarse, y asi lo ha hecho al ocuparse de la reprisse de La Parisienne.

Henry Becque, y en nuestra humil- U

de opinion muy justamente, entiende que el crítico, por autorizado que sea, está en su perfecto derecho diciendo todas las perrerias que tenga por convenientes sobre el valor literario de la obra que juzga,-siempre y cuando se apoye en razones, añadiríamos nosotros-pero que al meterse en si la obra dará ó no dinero irroga un perjuicio material á su autor.

Cuando se trata sobre todo de una poblacion tan grande como Paris, en que el público verdadero, ó sea el que paga (el que vá de balde al teatro es aquí mucho más escaso, pero mucho, que en nuestra amada patria) espera que los críticos de su confianza le den hecha la opinion para en vista de ella ir ó no á ver la comedia estrenada la víspera, es indudable el perjuicio material de que se queja Henry Becque, cuando el crítico dá por sentado que no hay ciudadanos capaces de gastarse ocho francos en una butaca en número bastante para llenar el teatro desde la segunda representacion.

Esto equivale á una invitacion á quedarse en casa que bajo la autorizada firma de Sarcey tiene verdadera influencia en la taquilla.

En estos tiempos en que el reclamo es artículo de primera necesidad para todo el que vive del público, esa intrusion de la crítica en la parte meramente pecuniaria de la propiedad intelectual es perniciosa é intolerable y esto es lo que se propone dejar sen-

tado Henry Becque con su proceso. No pedirá más que un franco de danos y perjuicios, pero procurará dejar sentado que el crítico no tiene derecho á profetizar sobre los ingresos que el teatro pueda tener con la obra estrenada.

Con lo cual hará por tabla un favor á esos mismos criticos.

Porque suelen equivocarse y resultar que obras que profetizaron no darian diez representaciones llegan á representarse cien noches.

El frio signe haciendo de las suyas. Un solo presagio de cambio rápido de la temperatura nos consuela en nuestros tiritones.

Se anuncia para el domingo una gran fiesta de patinacion en el Bosque de Bolonia.

Y esto si que no ha faltado nunca. El domingo no se verá, de seguro, un pedazo de hielo para un remedio! RICAR DO BLASCO.

Paris, 18 diciembre 1890.

049 MOSÁICO MADRILEÑO

Heroismo y caridad .- La noticia misteriosa. Preparativos de Pascua.

El cuerpo de orden público de Madrid, objeto constante de burlas en la prensa periódica y en el teatro, y cuyos prestigios iban decayendo de manera lamentable, ha quedado enaltecido y dignificado con la sangre del heroico Epifanio Rojo Gallego. La tragedia de la calle del Pez, de que los lectores de este periódico han tenido detalladísima noticia, ofrece aspectos tan humanos, tan conmovedores y tan hermosos, que la privan desde luego de las tristezas de otros sucesos de indole análogo. Aquel valeroso guardia que en presencia del peligro de una criatura, siente rennidos en su pecho todas las ansias y temores de los que presenciaban la escena; que junta indudablemente en su pensamiento á la tierna criatura amenazada de muerte, Tal resulta á nuestros ojos Gabriela || Enterada de la situacion Mad. Ey- || con las dos suyas, que, huérfanas de amparo y su cariño, y que sin consultar más que á sus honrados sentimientos se lanza al peligro y paga con su propia existencia la salvacion de una pobre uiña, resulta una figura de tanto relieve, que no puede contemplársela sin profunda y justificada emocion. Cumplia un deber de su cargo, es cierto; pero aquí donde tantos deberes suelen desconocerse ó aplazarse; al cumplirlo, y cumplirlo con verdadera heroicidad, realizaba un acto digno de admiracion.

Y junto al cadáver de la víctima surge, hermosa y digna la caridad. El desgraciado Rojo deja en el mayor abandono á dos pobres niños; y el gobernador de la provincia con generosa iniciativa les coloca en un asilo y encabeza con una crecida suma dos cartillas en la Caja de Ahorros, para cuando sean mayores; el Casino de Madrid aumenta la suma impuesta, con 4000 pesctas y abre una suscricion entre sus socios con el mismo piadoso fin; varios particulares, entre ellos pobres individuos del cuerpo de orden público han seguido el caritativo impulso, siendo indudable que todas las personas acomodadas y todas las sociedades se apresurarán á contribuir á que quede asegurado el porvenir de los pobres huérfanos.

Cuando esto se haya logrado; cuando las tiernas criaturas tengan un capital cuya renta equivalga, y no es mucho, al sueldo del pobre Rojo Gallego, el Sr. D. Federico Sanchez Bedoya podrá estar satisfecho de su noble iniciativa y su caritativo proceder.

Desde hace algunos dias constituye.

entre las mujeres especialmente, tema principal de conversacion, un suceso misterioso y del cual se recatan de has blar en público. Medias palabras, sons risas, alguna frase suelta: he aqui lo único que he podido sorprender en cuanto he visto reunidas y hablando fe dos ó más mujeres.

-Por fin los ponen! -¿Los ponen? No he de creerlo

hasta que lo vea. -Es que ahora va de veras.

-d'Acaso era de broma cuando se construyeron otros que no han llegado á utilizarse? -Y que por fuera no eran feos.

No hay medio de saber de qué tratan las señoras mujeres, con semejantes indicaciones.

-Era una mala vergüenza lo que pasaba, -dice otra: -para los hombres en todas partes; para nosotras en ninguna. -Y eso que nos llaman...

Nueva curiosidad defraudada: im-

posible el oir lo que llaman á las señoras mujeres.

En mis tiempos, dice una anciana, recuerdo que habia á la entrada de la calle Mayor una callejuela, en la cual podiamos ...

—Sí, el cellejon de la Duda. -Hoy no hay duda ninguna, sobre

todo para las pobres mujeres. -¡Qué ayuntamientos! -¡Claro! Como que están forma-

dos de hombres. -Y estos bien han sabido procu-

rarse comodidades. -Ya lo creo: columnas de piedra, bocinas de hierro y acordeones cala-

dos del mismo metal. -Afortunadamente vamos á tenerlos.

-Y veinte nada menos.

-¡Con tal de que no caigan en desuso por el qué dirán!

-¡Qué han de decir más de lo que hov dicen de nosotras!

Decididamente, es imposible averiguar cuál es el secreto de las señoras mujeres y de qué hablan estos dias tan misteriosamente en sus couversaciones íntimas. Desde luego es cosa que parece satisfacerlas y por eso debemos todos tributarles nuestra cordial enhorabuena.

Madrid parece en estos dias una poblacion consagrada exclusivamente á los placeres de la gula; les comercios, pletóricos de género, revientan por puertas y escaparates y posesionándose de las aceras, ni más ni menos que si fueran compañías para el alumbrado eléctrico o mendigos, obligan al transeunte á echar por medio del arroyo, con gravisimo peligro para la integridad de sus cuerpos. Las anguilas toledanas se unen á los melindres de Yepes; el turron de Jijona á las cajas de jalea y mantequilla; los cuñetes de las aceitunas á las cajas de almendras, y la química, en sus innumerables manifestaciones, nos ofrece los aromáticos vinos de Málaga y de Jerez, los más caprichosos licores y los aguardientes escarchados de todas las marcas. Los pavos, temerosos de la viruela, no se han apresurado mucho á verificar su solemne entrada en Madrid, como en años ya pasados, y esta contrariedad debe traer algo desazonadas á otras muchas aves de corral, temerosas de tener que suplir á aquéllos, representando el papel que les está reservado en las cenas del dia 24 y en las comidas de los siguientes; pero es seguro que al cabo llegarán los pavos y darán, segun costumbre, la vuelta á que se hallan destinados antes de que les llegue la hora del sacrificio. Porque sabido es que uu pavo nunca perece á manos de su primer comprador: lo adquiere el esposo de la recien parida para obsequiar al médico que la asistió en el trance; el médico lo envía al director del colegio en que se educan sus hijos; el director del colegio lo manda al boticario, en cuya casa tiene ya una crecida deuda; el boticario, que anda en pretensiones de una cruz, lo remite á un funcionario público, y éste, cuya paga se encuentra un tanto mermada por los usureros, lo manda de nuevo á la plaza, punto de su procedencia. Y el pavo, magullado con todos estos viajes, y despues de haber producido á sus varios conductores otras tantas propinas, ó se muere espontáneamente, con lo cual gana plaza de honor en la pastelería más próxima, ó tiene que aguardar á que otro marchante se encapriche de su volumen y plumaje, para comenzar acaso otra peregrinacion, análoga á la que queda descrita en las líneas que preceden. Verdad también que al lado de ese Madrid que se dispone á tomar parte en el festin clásico de la Noche-Buena

hay otro que se arrastra en la miseria, que vive en el desamparo, y para el cual son inútiles capones y peladillas, besugos y turrones; pero si entre uno y otro Madrid existen abismos, tambien hay medios de salvarlos, haciendo que desaparezcan los peligros sociales que pudieran encerrar en su seno.

Cuáles sean estos, no hay necesidad de decirlo siquiera, mientras en el corazon del hombre no se apagne el dulce calor que logra secar tantas lágrimas, encender tantos hogares fries, y hacer revivir tantas esperanzas moribundas: el calor de la caridad.

M.OSSORIO Y BERNARD.